

Todos los personajes de la novela lo son también del libro ficticio que escribe el personaje central y de las cartas que aparecen en la parte final de la novela. La narración de estos hechos va a ser una constante que se repite a lo largo de la historia.

El estilo de la novela es un poco complejo ya que tiempo y espacio no se encuentran perfectamente delimitados además de que las historias se dan entrelazadas. Es debido a la transposición en el tiempo y el espacio que el autor logra mantener el interés por la novela sin que éste decaiga en ningún momento, a pesar de la lentitud con que avanza la narración.

La lectura de *Monólogo de Santa María* de Manuel Capetillo hace que uno mismo vaya atando cabos para llegar a la total comprensión de la historia, que en el desarrollo de la novela se nos da de manera fraccionada.

Magdalena Cabrera

Albercas

Como el agua a que alude el epígrafe, *Albercas*¹ es un volumen dividido; en sus relatos encontramos características que los hacen clasificables por parejas. Así, en *Albercas* subsisten: la adolescencia y el misterio, México y el extranjero, el hombre y

¹ *Albercas*, de Juan Villoro, Joaquín Mortiz, México, 1985, 129 pp.

la mujer; en dualidades que incluso abarcan los tiempos del relato y las formas personales de éste.

Villoro, cuya pasión por la música es de sobra conocida, acierta al introducir en sus relatos un ritmo que le debe más a la música (al rock en lo agresivo y al jazz en la síncopa) que a la literatura.

Su prosa es irónica, sus frases concisas y (gracias al recurso del símil) casi aforísticas; suenan como el timbre exacto de una nota bien tocada. Excepto en algunas construcciones, que por aisladas son más notorias, cuyas estridencias nos hacen dudar del dominio que de la técnica literaria pueda tener Villoro.

En su prosa, la ironía va ligada a la autocrítica ("Mis cuentos tenían tan escasa acogida que nadie parecía reparar en que fueran bien o mal leídos" p.25, "...de esas salas de la ciudad de México que saben pactar tan bien con el misterio [] nadie se entera de que toco" p.95); por ello, el humor y el tono de los relatos son los mismos que emplearíamos para escribir una crónica de la infelicidad.

Característico del estilo de Villoro es el empleo de símiles.

Estos son precisos y ajustados a la realidad que pretenden describir ("Una habitación chorreada de sombras y olorosa a toallas húmedas" p.115). Algunas de sus frases, de claro origen poético ("golpes que son cifras que son golpes en plena fuga"), resultan desconcertantes en el discurso narrativo.

De los siete relatos que integran el libro, cuatro están narrados en primera persona y tres, en tercera; pre-

sentándose estos de manera alternada.

La alucinación y la saña narrativa campean en estos relatos, principalmente en los facturados en primera persona ("El cielo inferior", "Pegaso de Neón", "Noticias de Cecilia" y "La orilla equivocada"). Pero la locura, la muerte y el fracaso existencial son características que distinguen al libro.

Villoro, al haber vivido en el extranjero, ha sentido la nostalgia; sentimiento que se trasluce en su escritura, pero sin impedirle mostrar "el lado oscuro de la luna mexicana". Así, *Albercas* nos habla de una ciudad ruidosa y obscena, de sucios "hoyos fonquis" y aeropuertos donde despegan "las destartadas avionetas". En su lucha contra la nostalgia, Villoro recurre a los conjuros, sólo que estos son hostiles y cargados de desilusión.

En los relatos situados fuera de México, dicha amargura no cambia más que de forma (paradójicamente, es en los relatos ubicados en el país donde la ciudad defeña resulta menos soez); metamorfosis kafkiana que nos sumergirá en un mundo donde la irrealidad se acompaña de la angustia, del absurdo y del terror para conformar una prosa alucinada.

Quizá el punto axial de los relatos de *Albercas* sea la mujer. Todos los cuentos, a excepción del último, son narrados por un hombre, razón por la cual la mujer no tiene presencia; como un dios omnipresente pero ignoto, motiva al personaje-hombre desencadenando la acción relatada.

Sólo "Baterista numeroso" no comparte esta idolatría.

Albercas es también una recuperación del pasado, a través de la re/creación de la adolescencia y las experiencias ocurridas en ésta. Ciertamente es que todo arte es una reconstrucción de lo vivido, pero también es una evolución y no un mero clavar-se en las vivencias.

Tres son los relatos que caen dentro de la "literatura de adolescencia"; los cuales, para acentuar aún más el hecho de que son una reordenación del pasado, están contados en tiempo pretérito. Es más, dos de estos ("Espejo retrovisor", "La orilla equivocada"), aunados a un tercero ("El cielo inferior") que no se sitúa en la adolescencia, presentan cierto complejo literario: el de Humbert Humbert: como autocriticamente observa Villoro en el cuento con que inicia el libro.

Desamparo, relaciones entre padre e hija que sugieren crueldad, insatisfacción sexual y amores fallidos, timidez adolescente y el trilladísimo mito del artista marginado e incomprendido por la sociedad (postura que sin embargo, como "Noticias de Cecilia" y "La orilla equivocada" lo demuestran, no están exenta de autocritica), son otras de las corrientes que en el libro fluyen.

No obstante *Albercas*, pese a incluir dos cuentos bien logrados y memorables, ni justifica su título ni cumple con el requisito unitario que todo libro —máxime de cuentos— debe reunir.

José Homero

Malas compañías'

¿En qué momento la poesía dejó de ser el cubículo inmarcesible de las musas y los sonidos delicados? Habrá quienes acusen de tal "crimen" a los poetas franceses de la segunda mitad del siglo XIX, probablemente otros consideren a los "beats" norteamericanos como los verdaderos culpables de la degradación total del acto literario; lo cierto es que nuestras letras no son terreno propenso ni a la ruptura ni —¿por lógica?— al escándalo.

Una sociedad como la nuestra, donde el culpable de la ignorancia/enajenación de la población no lo es ya el analfabetismo, sino el semi, resultante de la socavación lenta de la conciencia perpetrada por los medios de comunicación masiva y el desinterés por las creaciones del hombre; donde el ser macho es una obligación, donde el sexo en todas sus expresiones o es tabú o es fálica doctrina mezclada con moral victoriana y sonrisas socarronas; no puede ser campo de liberación artística o sexual, y sin embargo, ésta se dá.

A fines del siglo pasado y principios de éste, nuestra poesía tuvo en las voces de dos modernistas decadentistas su primer acto liberatorio, una suerte de purga para con los prejuicios literarios y sexuales que en esa época —y aún a la fecha— existían en México. Dichos poetas eran José Juan Tablada y Efrén Rebolledo. Preocupados por "lo moderno" y los

Malas Compañías, Luis González de Alba; Edi. Katún, 1984, 46 pp.

movimientos vanguardísticos que para el arte esto implicaba. (Más el primero que el segundo, y a la vez envueltos en una dialéctica que en uno de sus extremos portaba una duda mística y en el otro, un líbido explotando seminalmente con la aparición del nuevo siglo), Rebolledo y Tablada sentaron precedentes para la aparición de textos que aportaran una visión más liberal del sexo y la incidencia de éste en la creación literaria. Simultánea a dicho exorcismo y/o comunión del sexo y la literatura, sería la ruptura con la leñosa tradición que impera en nuestras letras.

Así, los "estridentistas" son los herederos directos del prurito vanguardista de Tablada, esto en lo que toca al nivel de la creación artística, pues la óptica machista que acompaña a este grupo les impide emprender también la molición del arcaico edificio moral (léase sexual).

En cambio, los directamente relacionados con el autor del libro que nos ocupa, son los "contemporáneos". Satanizados, anatematizados y demás epítetos que pudieran aludirlos como "outsiders" tanto de la situación que vivía entonces el país, como de la peculiar idiosincracia del mexicano, el grupo que fundara una revista con cuyo nombre la historia poética los recuerda, fue estrictamente homosexual, por lo menos en sus representantes máximos. Pero ni Villaurrutia, Novo o Pellicer, nos permiten atisbar en sus poemas el infierno de sus tendencias. Acaso una dedicatoria a un famoso homosexual de la década inmediata anterior a la